

se puso de rodillas; oró un instante á Dios, y se sentó en una silla junto á las inocentes criaturas, dispuesta á defenderlas á la menor señal de demencia que advirtiese en el desventurado Diego.

## CAPITULO XX.

### La separacion.

Sentada en una pequeña y ordinaria silla de pino, y en medio de dos criatura hermosas como dos radiantes estrellas, yace una hechicera mujer de humilde, pero limpio trage, abatida y sin consuelo.

Es Elisa.

En su apacible y celestial semblante se extiende dulcemente el suave tinte de la melancolía: de sus rasgados ojos se desprenden algunas lágrimas que trata de ocultar á los dos ángeles que le rodean, para no desgarrar sus sencillos y tiernos corazones.

Sin embargo, Julia y Teresita han sorprendido aquel llanto, y conmovidas se

acercan cuanto les es dable á su desventurada madre, tratando de consolarla con sus caricias.

Las tres guardan el mas profundo silencio, y dirijen, al menor ruido que escuchan, asustados sus ojos á la puerta de su alcoba, fuera de la cual se miran, y que se encuentra cerrada con llave.

De repente se oyó un grito y un golpe terrible, dado contra la cerradura, y las tres se abrazaron con espanto, y fijaron temblando y con horror la vista en la puerta.

—¡Miserables.... abran pronto!

Gritó Diego con ronca voz desde adentro.

Elisa hizo un movimiento para levantarse; pero aquellas dos criaturas, en cuyos semblantes estaba pintado el terror, la detuvieron diciendo:

—¡No.... no, mamá.... no le abras.... ¡no le abras, porque nos mataría....!

—¡Sí; y os mataré porque me habeis encerrado!

Exclamó dando una furiosa patada en el suelo Diego, que se hallaba dentro de la alcoba.

Julia y Teresita volvieron á arrimarse á la afligida Elisa, que temblaba como ellas.

—Ya lo oyes, mamá.

Dijeron, pálidas como un cadáver, las tímidas criaturas sin apartar los espantados ojos de la puerta.

Y tenían motivo para estar dominadas por el miedo y el terror.

¿Por qué?

Vamos á decirlo.

Diego se habia quedado profundamente dormido, despues que Nueñez, para no contrariarle en su delirio, le prometió que iria á jugar al siguiente dia.

El lecho de Diego estaba en el mismo cuarto que el de sus inocentes hijas que ignoraban la triste escena que habia tenido lugar, y una cortina de indiana servia de pared divisoria.

Elisa, temiendo que su esposo se viese acometido otra vez de su ataque de enagenacion mental, no se atrevió á acostarse, y se quedó sentada junto al lecho de sus hijas, velando el sueño de aquellos dos tiernos ángeles.

Así pasó toda la noche.

Era ya el amanecer, cuando oyó que Diego despertaba.

Elisa inquieta y temerosa, y conteniendo la respiracion, aplicó el oido, y dirigió la vista hácia el sitio en que se encontraba el lecho de su esposo, y que, como hemos dicho, estaba velado por una cortina.

A poco oyó que su esposo pronunciaba á sus solas algunas palabras entre dientes que no pudo comprender, pero que le alarmaron.

¿Habia recobrado la razon, ó era presa aún de su enagenacion mental?

Elisa se hallaba en esta incertidumbre.

De repente oyó que Diego se habia levantado de la cama.

Esto le hizo fijar la vista con mas afán en la cortina, con direccion al sitio en que estaba el lecho.

Oyó pasos.

A poco todo quedó en silencio.

Pasado un instante vió moverse poco á poco la cortina.

Elisa se estremeció, y no apartaba los ojos de ella.

Estaba temblando.

Un sudor frio discurría por todos sus miembros.

De repente vió asomar una mano agarrando la cortina.

Despues vió descorrerse ésta.

Y en seguida asomar la cabeza de Diego que, quieto detras de la cortina, y despues de haber recorrido con la vista todo el cuarto, fijó los ojos inyectados en sangre en su esposa, de una manera terrible.

Elisa tembló de espanto.

En aquella mirada y en aquella actitud estaba leyendo el trastorno en que seguía la razon de Diego.

Este dejó asomar á sus lábios una sonrisa irónica que hizo estremecer á la desgraciada Elisa.

A la sonrisa, sucedió á poco la ira que se retrató en su semblante.

Elisa temió por sus tiernas hijas, y se inclinó hácia ellas como para resguardarlas con su cuerpo, como cubre con sus alas á

sus tiernos polluelos la tímida gallina á la presencia del sangriento gavilan.

Pero aquel acto de cariño maternal, hizo estallar la rabia del desgraciado Diego.

Trastornada como estaba su razon, y preocupada con la idea de que le habian prometido volver á jugar, creyó que Elisa, á quien confundió con el que le habia hecho la promesa, trataba de ocultar el dinero que él habia perdido, y arrojando una exclamacion espantosa, se arrojó sobre su esposa para apoderarse de lo que guardaba.

Elisa dió un grito, se puso de pié en el instante, y á las voces de "¡socorro!" dadas con el mas intenso afan, despertaron asustadas Julia y Teresita de su tranquilo sueño, y al ver á su mamá de pié junto al lecho de ellas, impidiendo que se acercase Diego á maltratarlas, arrebatado por su locura, corrieron hácia la puerta que daba al patio para abrirla.

Por fortuna habia amanecido ya, y á los gritos de la afligida madre, pudieron acudir algunos vecinos, y el infatigable Nuñez

que, cuidadoso de la situacion critica en que habia dejado á Elisa, acudia en aquel momento á saber por la salud de Diego.

Este, al ver entrar un hombre, se avalanzó sobre él con indecible furia.

Nuñez necesitó de toda su fuerza y serenidad para resistir aquel ataque, y mientras auxiliado de otras personas conseguia sujetar al desgraciado Diego, Elisa se retiraba á la pieza contigua con sus dos afligidas criaturas, que se asian á ella con la fuerza que da el temor de la niñez.

Nuñez logró al fin dominar al frenético Diego, y dejándole encerrado dentro de la pieza, manifestó á la atribulada esposa lo conveniente que seria conducir á la casa de dementes á aquel hombre, si no queria exponer la vida de sus tiernas hijas, y aun la suya propia.

Amalia que tambien habia acudido á las voces dadas por su amiga, apoyó esta idea con juiciosas reflexiones.

—¡Ah! no:—exclamó Elisa:—¡yo no debo separarme del hombre á quien estoy uni-

da....! Mi obligacion es cuidarle.... atenderle.... velar por él á todas horas!

Pero estos nobles sentimientos fueron combatidos como infructuosos, estériles y aun perjudiciales en aquellas circunstancias.

Amalia le hizo comprender que en el reducido local de que podian disponer, sin los recursos pecuniarios que son indispensables para atender á una larga enfermedad y proporcionar al enfermo los alimentos propios y las medicinas eficaces, nunca recobraría la razon su esposo: que en la casa destinada á los desgraciados que habian tenido la desdicha de perder el juicio, además de la sana ventilacion y capacidad de ella, se encontraria asistido eficazmente por un excelente facultativo que estudiaria detenidamente su enfermedad; alimentado cual lo exigia su triste situacion, y vigilado siempre por los mozos del establecimiento para que no atentase contra su propia vida.

Elisa contestó, dando por causal de su resistencia el sentimiento de separarse del

padre de sus hijos. Pero al fin, vencida por las juiciosas observaciones de su leal amiga, temerosa de la vida de sus tiernas criaturas, y persuadida de que en el estado de pobreza que le rodeaba no podía proporcionarle ninguna de las cosas indispensables que influyesen al cobro de la razon perdida, accedió á los deseos de la amable preceptora, y Nuñez partió en el mismo instante á practicar las diligencias necesarias para que fuese admitido Diego en el establecimiento destinado á los dementes, á donde se ofreció conducirlo él mismo dentro de un coche.

Elisa estrechó contra su pecho á Julia y Teresita al considerarlas sin padre; y cuando Amalia se retiró á su habitacion lo mismo que todos los vecinos que habian acudido á sus voces, se dejó caer en la ordinaria silla que ocupaba, ocultando el dolor del alma impreso en su semblante y las lágrimas que brotaban del prensado corazon.

Pensaba que ya no tardarian en llegar por el hombre que fué en otro tiempo el encanto de su vida, su primer amor y su

ventura, y esto la tenia inquieta, triste y sin consuelo.

¡Triste y deleznable humanidad! ¡cómo se desvanecen tus risueñas ilusiones y tus dorados ensueños!

Aquella mujer que al abrir por la primera vez al amor su sensitivo pecho, miraba en el dulce objeto que habia hecho latir su corazon, el principio de una felicidad sin guarismo, el bello ideal de impercederas perfecciones, de interminable ternura, de cariño y de pasion, el adorado sér, á cuyo lado se deslizaria su vida con la dulzura de la luz que resbala sobre el tranquilo lago; aquella mujer que esperó en la union conyugal un paraiso en donde los años volarian en alas del placer con la suavidad con que las flores exhalan sus perfumes; que esperó beber en cada palabra de la persona amada un poema de amor; en cada caricia un cielo, y en sus tiernas miradas las delicias de los ángeles; aquella mujer que en sus miríficos delirios amorosos deificara al hombre que le brindaba un oasis de eternal ventura, ahora, deshecha la encantada pers-

pectiva que velaba la triste realidad, solo descubre al severo desengaño complaciéndose en presentarle el negro fondo de lo cierto, en donde beba la amarga esencia de las cosas.

El implacable tiempo, con su aliento abrasador, ha marchitado las pintadas hojas de las flores, dejando solo las punzantes espinas: el limpio cielo de la felicidad se ha velado de oscuras y borrascosas nubes, y bajo las seductoras formas del amante, se ha presentado un corazon ambicioso, sediento de oro, iracundo y despiadado.

¡Miserable condicion humana!

Pone el hombre su cariño en las cosas perecederas del mundo que le deslumbran, que le fascinan; se desvela, se afana por adquirir las, halagado por su seductora apariencia, y cuando las posee, cuando es dueño de ellas y las examina... entonces se admira y se avergüenza de haber tributado su admiracion á un bello fantasma sin mérito real y positivo.

Pensar en la perfectibilidad de los seres humanos, es un dulce delirio, una ilusion,

un sueño; y el hombre ó la mujer que hacen del sér amado un ángel celestial, no son mas que unos ilusos soñadores que palparán su insensatez al entrar en el terreno del análisis y despertar á la realidad.

Elisa había soñado como sueñan todos en la juventud; pero su sueño había durado un instante.

Sin embargo, aunque fué sensible para su alma el terrible desengaño, y donde esperó encontrar un fiel apreciador de su acendrado cariño, solo encontró un desgraciado fanático por el juego, no por esto dejó de creerse feliz á su lado.

Habia visto, es cierto, cubrirse de punzantes zarzas y de maleza el delicioso oasis en que juzgó vivir eternamente; pero aún conservaba de aquel oasis dos bellísimas flores que embalsamaban su vida, que la inundaban de placer, que la hacían feliz.

Estas dos flores eran Julia y Teresita. ¿Cómo no amar, pues, al sér á quien debían su existencia?

Sí; Elisa no podía olvidar las deliciosas

horas que habia pasado al lado de aquel hombre antes de que la funesta pasión al juego hubiese ido á interrumpir su felicidad. Traia á la memoria aquella época feliz de la vida en que, tierno y amoroso, galante y deferente, estudiaba la manera de satisfacer sus mas ligeros deseos, de agrada-la siempre.

¡Ambos entonces se habian jurado un amor eterno.... no separarse jamás! ¡Y sin embargo, ella le alejaba de su casa!

Elisa se acusaba á sí misma de cruel y desnaturalizada, por haber accedido al parecer de los que le habian aconsejado que entregase á su esposo al cuidado de manos mercenarias, y se proponia no separarse de él ni que le sacasen de su casa, aun cuando tuviese que constituirse en su cuidadora y esclava.

—¡No; no le abandonaré en su desgracia! ¡La que disfrutó de sus beneficios cuando le sonreia la fortuna, debe participar de sus desgracias en la adversidad!

Se decia interiormente.

Pero este noble propósito venia por tier-

ra cada vez que un grito ó un golpe de furor se escuchaba en la puerta de la alcoba, haciéndolas estremecer.

Entonces temblaba por la vida de sus adoradas hijas, las estrechaba contra su pecho, y se resolvía al sacrificio de que alejasen de su lado á su desgraciado esposo.

—¡Huyamos, mamá!—Dijo asustada Teresita viendo que los golpes se repetían, amenazando tirar al suelo la puerta:—¡Huyamos á casa de nuestra preceptora!

—¡No tengais miedo, hijas mias.... estad aquí; no le dejemos solo á vuestro desdichado padre!

Y Elisa se enjugó una lágrima.

—¡No; tienes razon! ¡No le debemos dejar ahora que padece! ¡Perdóname, mamá, si el miedo me hizo proferir esa palabra!

—¿Y por qué se encuentra en ese triste estado, madre mia?

Preguntó Julia con el candor de la niñez.

—¡Porque la miseria ha extraviado su razon.... porque en vez de poderos proporcionar el regalo y la abundancia, ha perdido cuanto poseia!

—¡Ah! ¡es por nosotras! ¡porque nos ama! ¡porque pretendia vernos felices y contentas!—Dijo Teresita:—¡Pobre padre mio! ¡cuán digno es de nuestro amor y de nuestra compasion!

—Sí, Teresita, es vuestro padre; y aunque no reconociese su delirio origen tan noble, debíais quererle y compadecerle, como le quiero y compadezco yo.

—¡Siempre.... siempre, madre mia!

Y las tiernas criaturas enlazaron con sus torneados y pequeños brazos el lindo cuello de su mamá, formando las tres un grupo seductor.

En aquel momento se escuchó el ruido de un carruaje que se aproximaba.

Elisa separó dulcemente su cuello de los redondos brazos de sus cariñosas hijas, y aplicó sobresaltada el oido.

El coche se detuvo de repente en la puerta del zaguan.

Elisa se estremeció, y se puso pálida como si la sangre se le hubiese coagulado en las venas.

—¿Qué tienes, mamá?



Le dijo Julia notando su sobresalto y palidez.

—¡Nada.... nada!—contestó levantándose la desdichada esposa:—¡Vienen ya por vuestro padre.....!

—¡Por él.....! ¿Y quién?

—Un amigo..... el hombre que llegó á defendernos esta mañana... el señor Nunez.

—¿Y á dónde quiere llevarle?

—A..... á.....

Y Elisa no tuvo valor para pronunciar el nombre del hospital.

—¿Fuera de México? ¡Al campo?

—Sí..... hijas mias..... á un sitio donde podrá recobrar la razon para volver á vuestro lado á vivir tranquilo..... á no pensar mas que en vosotras..... en su familia!

—Y en tí..... ¿No es verdad, mamá? ¡Ah, qué dichosas seremos entonces!

Y las dos tiernas niñas besaron la mano de su afligida madre, humedeciéndola con sus angélicas lágrimas.

Núñez se presentó en aquel instante por Diego, y poco despues llegó Amalia para

acompañar y consolar á su desdichada amiga.

Núñez se acercó á la puerta, y dió un golpe en ella.

—¿Quién es?

Respondió Diego desde adentro con acento brusco y espantoso.

—Yo:—contestó Núñez;—el que te ganó ayer, y viene, como quedó, á ver si quieres ir á jugar con él.

—¿Y por qué me has encerrado aquí, miserable?

Exclamó apretando los dientes y rechinándolos con fuerza.

—Para que no te marcharas sin esperarme.

—¡Ah! ¿conque lo hiciste por eso?

Preguntó mas tranquilo Diego.

—Por eso precisamente. Dime, pues, si estás de humor de venir conmigo á una casa de juego donde tengo todo el oro que te gané, y mucho mas.

—Estoy dispuesto; pero abre.

Elisa y sus dos niñas temblaron al ver que Núñez se disponia á abrir la puerta.

—Nada teman vdes.: la creencia de que va á jugar ha calmado su furia, y ya solo piensa en el juego.

Al concluir estas palabras dió vuelta á la llave, y se presentó Diego, lívido, desgarrada la ropa, y mirando con espanto á todas partes.

Nuñez le tendió la mano, y manifestando una alegría intensa por haberle encontrado, le dijo.

—Ya ves que he cumplido mi palabra, y que vengo á buscarte para que marchemos á jugar.

—Sí; veo que eres hombre de pundonor. ¿Y cuánto oro tiene la casa á donde me llevas?

—Tres mil onzas.

—¡Tres mil onzas!—exclamó Diego sonriendo de placer:—¡Ah! las ganaré.... sí; las ganaré para traérselas á mi mujer.... á mis hijas.... Vamos.

Elisa no pudo contener un suspiro que oprimia su corazón.

Las dos tiernas criaturas al escucharla, prorrumpieron en llanto.

Diego volvió la cara, y como si hubiese recobrado el conocimiento y la razón, se acercó á su esposa, y tomándole con cariño una mano le dijo.

—¡No llores, vida mia! Ahora voy á ganar.... sí; á ganar para tí.

Y abrazando á Julia y Teresita, añadió.

—¡Adios, hijas mias.... adios! No aflajais á vuestra pobre madre con vuestros sollozos.... Pronto volveré lleno de riquezas, para que seais vosotras y ella tan felices como mereceis.

Y dándoles un beso en la frente, se apoyó en el brazo de Nuñez, y salió diciendo.

—Vamos á jugar.

Nuñez envió una mirada compasiva á los seres que quedaban envueltos en el dolor.

Poco despues se escuchó rodar el coche.

Elisa exhaló un grito desgarrador.

Julia y Teresita corrieron á abrazarla; y Amalia cayó de rodillas, pidiendo á Dios por el consuelo de aquella desolada familia.